

La Cabeza de Mármol

Humberto Díaz-Casanueva

Exilióse por antojo, hace ya muchos años, por propósito inconfesado para él mismo, este hijo de Río Loa, un pueblo del Desierto de Atacama, cargando dos maletas ligeras y un enorme cofre lleno de estrambóticos recortes de figuras, escenas e inexplicables laberintos, en que lo absurdo, lo cotidiano y lo fantástico se mezclaban con lo sensible y lo poético; y ancló en Canadá y allí hizo nido y se puso a empollar, empollar hasta que después de fatigosos años llegó a ser lo que es: un chileno de cepa, un trasplantedo, creyente siempre en aquello que lo atormentaba y no sabía, móvil secreto que lo excedía: las órdenes, los argumentos, las pequeñas muertes de cada día. Ya bien saben que me estoy refiriendo a Ludwig Zeller, casado con la gran dibujante Susana, padre de una niña que se parecía a Alicia y que ahora debe ser como brotando de sus labios.

Zeller es el más chileno de los surrealista y el más surrealista de los chilenos. Habitualmente creése que el surrealismo es movimiento literario; en realidad es un templo, un viaje por el enceguecimiento del espíritu al borde del abismo, una sabiduría hecha símbolo con diez cuernos siempre embistiendo, una exaltación de lo maravilloso como un amuleto para soportar la vida. Y Ludwig, en tantos años, escribió poemas, hizo exposiciones, recorrió los países, formó grupos e hizo una vida con base dramática, creadora y plena de modernidad.

Ahora nos llega su libro *The marblehead* legitimado por los dibujos de Susana. Lo prologa uno de los críticos más jóvenes y famosos del continente: José Miguel Oviedo. Y lo que él detecta en Zeller, en su aventura textual, alucinada y llena de sentido, debería ser considerado y estudiado por todos nosotros, sus compatriotas.

Porque Zeller no vive en un limbo sino que trata con su experiencia del desarraigo para ofrecernos algo de lo profundo de nuestra tierra y de nuestro espíritu.

Y así meso esta cabeza de mármol siempre desvelada y latente.